

Llegados los mensajeros á Coyoacán, Tzutzumatzin, que así se llamaba el señor del lugar, los recibió con el debido acatamiento, y les respondió que estaba presto y aparejado á darle el agua al emperador de México, porque él y toda su república eran sus vasallos y estaban obligados á obedecer, «y que aquel agua antes era partido dársela;» pero que antes que la llevase le quería advertir que aquellas fuentes de cuando en cuando se desbordaban y salían de madre, sin represarlas ni hacer violencia alguna en ellas, que se derramaban y hacían mucho daño á Coyoacán, y así temía que haciéndoles fuerza y violencia á las aguas de dichos manantiales, subirían sus aguas demasiado, anegarían la ciudad de México, obligarían á sus vecinos á abandonarla, y se quejarían de él por no habérselos advertido; que llena la laguna no tendría por donde desaguar é inundaría la ciudad; que por tanto era de parecer se contentase Ahuitzotl con el agua que venía de Chapultepec, y que no llevase la de Coyoacán.

Oída por el emperador la respuesta, encendido en ira y enojo, sin considerar que aquel era aviso saludable, empezó á denostar al señor de Coyoacán, llamándole débil, apocado y hombre de baja suerte, reprochándose á sí mismo haber usado de tanto comediamento con él, pues era su vasallo, y jurándole destruir y raer del haz de la tierra á toda su generación, y traer el agua de Coyoacán, aunque opusiesen resistencia sus habitantes, amenazando de destruirlos y arrasas su ciudad si así lo hacían.

Los consejeros, viendo tan airado á su señor, procuraron aplacarle, haciéndole ver que la respuesta de Tzutzuma no indicaba desobediencia, sino advertencia sana del peligro que había en traer el agua. Aplacóse un tanto; pero sin embargo, ordenó fuese ejecutado el señor de Coyoacán por desobediente. (1)

Parece que para tomar esta cruel resolución, precedió otro hecho que refiere el historiador indígena Chimalpáin.

Dice, que informado Ahuitzotl de la respuesta de Tzutzuma, llamó inmediatamente al señor de Huitzilopochco, hoy Churubusco, nombrado Huitzillatzin, el cual vino á México. Pero antes de esto

(1) FR. DIEGO DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España*, cap. XLVIII.

había consultado á un hidróscopo que vivía en Neaaltiayan, que era gran adivino y se apellidaba Cuecux, el cual le dijo que era partidario de que el agua se trajese.

Cuando Huitzillatzin hubo oído las palabras de Ahuitzotl, le habló de este modo: «Noble Soberano, quién te ha dicho que la avenida de agua no llegará bien á México? Tzutzuma no sólo es malo, sino que de tí se burla: no querrá reservarse el agua y desear que permanezca en sus terrenos? Pero el agua seguramente puede introducirse á Tenochtitlan.» (1)

La sentencia de muerte para Tzutzuma fué irrevocable, y como era hijo del señor de Atzacapotzalco, á quien se le debía todo honor y veneración, le mandaron avisar de México que estuviese prevenido, pues ya salían de aquí los que iban á ejecutarlo.

Tzutzuma, que según Chimalpáin «era un poco sabio y astrólogo,» y según Durán «era brujo, ó sabia algunos encantamientos, en lo qual era muy ábil,» en vez de ponerse á salvo como se lo aconsejaban, fióse en sus hechicerías y esperó tranquilo á los encargados de matarlo.

Llegados éstos á Coyoacán, ordenó á sus porteros que los dejaran entrar al aposento donde se hallaba, y apenas hubieron penetrado, retrocedieron espantados, pues en lugar del señor, encontraron en el *icpalli* una águila feroz y disforme, grande y espantosa. Reclamados los porteros de que los habían engañado, diciéndoles á los enviados que allí estaba su señor, aseguraron que no había tal águila, que entrasen de nuevo, pues en el aposento estaba Tzutzuma. Volviendo á entrar, hallaron entonces un feroz y espantoso tigre, que con garras y dientes los amenazaba acometer, los cuales, viéndolo, salieron de allí violentamente y se dirigieron á México para informar á Ahuitzotl de la burla y afrenta de que habían sido víctimas.

Ahuitzotl ordenó que al día siguiente volvieran con doble número de gente, como así lo hicieron, y al penetrar al aposento, ya no había ni águila ni tigre; pero en cambio estaba en el *icpalli* una grande y gruesa víbora, que al verlos comenzó á desenroscarse, en

(1) *Anales de Chimalpáin*, publicados en París por RÉMI SIMEON, pág. 172.

son de acometerles, lo que observado por los enviados, trataron de defenderse; mas al instante, grandes, continuas y espantosas llamas se elevaron por todas partes, pareciendo incendiarlo todo, lo cual obligó á los enviados á huir para México, como lo habían hecho el día anterior, manifestando á Ahuitzotl la imposibilidad que había en matar á Tzutzuma, por sus artes mágicas.

En toda esta leyenda se descubre una verdad consoladora: la piedad de los enviados hacia el señor de Coyoacán, el deseo de salvarle la vida aprovechando el rumor popular de ser hechicero, y la esperanza de que calmado el emperador en su cólera lo perdonase. Pero no lo consiguieron. Ahuitzotl envió á decir al cabildo de los señores de Coyoacán, le entregasen luego á su señor, y que de lo contrario les haría la guerra y los destruiría como rebeldes á sus mandamientos.

Tzutzumatzin, prefirió ser la única víctima para no sacrificar á inocentes. Llamó á los mexicanos encargados de ejecutarlo, y les dijo: «Veisme aquí: yo me pongo en vuestras manos; pero decidle á vuestro señor Ahuitzotl que yo le profetizo quenantes de muchos días México será anegado y destruydo, y que á él le pese de no auer tomado mi consejo.»

«Los mexicanos, dice el P. Durán, le echaron una cuerda al cuello y lo ahogaron y lo echaron en el pedregal, donde agora dicen que mana una fuente desde aquel día.» (1)

Ahuitzotl, encaprichado, puso manos á la obra de introducir el agua de los manantiales que estaban entre Coyoacán y Churubusco. Estos manantiales, según el P. Sahagún, eran cinco, á saber: *acuecuxcatl, ttilatl, huitzilatl, xochcaatl* y *coatl*. (2)

Para construir el acueducto, el emperador de México acudió á los señores de Tetzoco, Tacuba, Chalco, Xochimilco y á otras provincias y ciudades de tierra caliente y fría, con el objeto de que le facilitasen gente, piedra, cal y estacas.

Comenzóse la obra por hacer una presa fortísima en los manantiales, que violentando el agua la hizo subir con mucha fuerza. Después, maestros competentes y buzos bajaron á las fuentes para lim-

(1) DURÁN, *Historia de las Indias*, cap. XLVIII.

(2) FR. BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia de las cosas de Nueva España*, Lib. 8º cap. 1º

piarlas y tapar los desagüaderos. En seguida se procedió á hacer el caño que había de conducir el agua á la ciudad.

Muchos vinieron á trabajar en esta tarea. Los de Tetzoco trajeron piedra pesada y liviana: los de Atzacotalco piedra pesada; los de Chalco morillos, estacas y arena de tetzontle para los cimientos; los Xochimilcas instrumentos para sacar céspedes y canoas llenas de tierra para cegar; en fin, trajeron cal para la mezcla los de tierra caliente y los otomíes de Xilotepec.

Fué tanta la gente y materiales empleados en la obra, dice el P. Durán, que con tener una extensión de dos leguas «no fue oyda ni vista segun la brevedad con que se acabó, pues cada provincia, en su tarea y pedaço que le cupo, andauan á porfia, unos contra otros á quien mas ayna acabase, y ansi cada uno acabó con tanta brevedad y diligencia su tarea, que en menos de ocho días no auía que hazer; porque segun de la ystoria se colige, desde la fuente de *Acuexco* (sic) hasta la entrada de México estauan todas las prouincias y pueblos repartidos á trechos en sus tareas, cada uno en las braças que le cabian, travaxando con mucha voçeria y contento, á porfia como e dicho, y asi no le parescerá encarecimiento al que considerase que andaua en esta obra, gente como hormigas en hormiguero, que no tienen número.»

Por último, se fijó el día para soltar el agua que había de entrar á la ciudad por el acueducto, el cual tenía cuatro principales surtidores llamados alcantarillas: uno en Acachinanco, donde estuvo la ermita de San Esteban: otro en Xoloc, San Antonio Abad: el tercero en Huitzilán, hoy hospital de Jesús: el último en Apahuaztlan, barrio de Tlatelolco, «detrás de la hermita de la Asunción de Nuestra Señora,» dice Tezozomoc. Como se ve, el caño ó acueducto atravesaba á Tenochtitlán de Sur á Norte. (1)

Grandes y solemnes fiestas se hicieron para recibir el agua. Los sacerdotes lujosamente ataviados con trajes de la diosa del agua *Chalchiuhtlicue*, y del dios del agua *Tlaloc*, recorrieron el acueducto sacrificando codornices, tiñendo el agua con la sangre de éstas y aun con la de niños, arrojando perfumes de copal y «humaços»

(1) D. HERNANDO ALVARADO TEZOZOMOC, *Crónica Mexicana*, cap. LXXX. La ermita de la Asunción estuvo situada en el barrio de la Concepción Tequipeuhca.

de tabaco. Iban bailando llenos de contento, tañendo flautas y caracoles, y dirigiendo discursos de bienvenida al precioso líquido como si fuera persona de carne y hueso. Los ancianos de la ciudad salían á recibirla con bandejas conteniendo peces, ranas, culebras y otras sabandijas, y las echaban en el agua, diciéndole que viniera á México á criar de todo aquello.

El mismo rey Ahuitzotl, con lujosos atavíos y seguido de los nobles vestidos de gala, salió también á recibirla, y en la cuarta alcantarilla situada como hemos dicho en Tlatelolco, humillóse, tomó tierra y la llevó á los labios, como era costumbre hacerlo en señal de veneración, esparció rosas y ofreció cañutos de *acayotl* para fumar, sacrificó codornices y quemó zahumerios, y puesto en pie, con la diestra mano levantada, dijo:

—«Señora, seais muy bien venida á vuestra casa y asiento del *Tetzahiuhtl Huitzilopochtli*; seais bien venida, señora diosa, llamada *Chalchiuhtlicue*, que aquí amparareis, favorecereis y traereis á cuestras á estas pobres gentes de vuestros hijos y vasallos, que de vos se han de favorecer para su sustento humano, y de los frutos que de vos y por vos producirán muchos géneros de bastimentos, y volantes aves de diversas maneras.»

Contraste formaron aquellas fiestas, en que todo fué alegría y diversión, cantos y danzas, flores y perfumes, con lo que sucedió después. El agua de los manantiales entraba á la ciudad á gran golpe, y la que excedía en el caño derramábase en mucha cantidad sobre el lago. Al principio nada se notó, ni á nadie causaron temor los continuos derrames; pero al cabo de cuarenta días la alarma cundió entre los habitantes de Tenochtitlán, al darse cuenta que el nivel de las aguas que corría por las acequias de la ciudad, crecía y crecía anegando las huertas y los jardines, las plazas y las calles.

Entonces el rey se acordó del infeliz Tzutzuma á quien había matado injustamente, y de nuevo encolerizado mandó matar á Huitzillatzin, señor de Churubusco, que lo había engañado. (1)

La inundación aumentaba, y según cuenta el P. Durán, con-

(1) ANALES DE CHIMALPAIN, pág. 172.

vocados los pueblos comarcanos, se hizo una albarrada un cuarto de legua más acá del Peñón; pero indudablemente no fué una nueva, sino la antigua construída por Netzahualcoyotl, á la que se le hicieron las reparaciones necesarias. Inútiles casi fueron éstas, porque la anegación aumentaba, y no se limitó ya á los jardines y huertos, á las calles y plazas, sino que el agua impetuosa invadía las habitaciones, obligando á los vecinos á huir de sus casas y tomar refugio fuera de la ciudad, en los pueblos de los alrededores.

Todos los habitantes acudieron al rey pidiéndole pusiera remedio para evitar la completa destrucción de las casas, y Ahuitzotl resolvió consultar su parecer á los señores de Tacuba y Tetzaco. Venidos á México, Netzahualpilli, que era á la sazón el rey de los tetzcocanos, aconsejó se quitaran las presas, se cegaran los manantiales, y se hicieran sacrificios para desagaviar á los dioses, y todo se hizo como lo aconsejó; y tanto para poner en práctica lo aconsejado como para huir de la inundación, Ahuitzotl se fué á Coyoacán con los dichos señores, pues en México no se podía «andar á pié enjuto, porque estaban los patios de las casas y templos con dos palmos largos de agua cubiertos: las casas Reales y de Señores ya no se podían habitar: muchas casas de la gente plebeia estaban ya delante del agua,» esto es, derrumbadas.

De propósito hemos querido ser minuciosos en los hechos que consignan las crónicas relativamente á la inundación de 1499, porque no ha faltado autor de nuestros días que niegue que la causa de esta inundación haya sido el haber introducido el agua de *Acuecuexco*.

El Sr. D. Francisco de Garay, que es el autor á que aludimos, dice á este respecto: «México se inundó por completo. Entónces se pidieron milagros al cielo, y *especulando con la desgracia pública*, los sacerdotes con gran pompa, para calmar á la divinidad ofendida, según ellos, procedieron á cegar el ojo de *Acuecuescatl* arrojando en él gran cantidad de barras de plata y oro. Al mismo tiempo se extendía un dique hasta el lago de Xochimilco. El remedio fué eficaz, y las aguas cesando en su flujo cesó la inundación. Para los creyentes, los sacerdotes hicieron el milagro. Nunca hasta ahora se ha explicado el fenómeno de esta inundación, proveniente, según